

Coordina:
Julio Ndareje Garduño García
don_gato_retro@outlook.com

Portada e Ilustraciones:
@franciscojyaru

Montevideo-Uruguay
Toluca-México

Difunde pero cita, publicación
bajo licencia no comercial
Creative Commons.



www.gosivi.wordpress.com

Mayo de 2018

gosivi

Publicación experimental de narrativa, memoria y análisis.



Menzheje
Seres mitológicos
Jñatjo.

Kjimi Kjuarma (saludos hermanos).

En esta edición de Gosivi traemos un relato sobre el personaje mítico del Menzheje espíritu del agua para nosotros los *Jñatjo* o *Mazahua*, somos un pueblo asentado en los valles y montañas del cinturón volcánico mexicano, en el noreste del hoy Estado de México y el oriente de Michoacán. Relato que versa sobre el profundo significado del agua para los pueblos indígenas tanto en el medio rural como en entornos urbanos, pretende ser este un ejercicio de diálogo con otros pueblos y sus representaciones mitológicas al rededor del agua como *Tlaloc* en la cultura Nahuatl, *Chaak* en la Maya, *Pitao Cocijo* en la Zapoteca, *Pariacaca* y *Mama Qucha* para el pueblo Quechua, *Tupâ* en la tradición Guarani, o por lo que se conoce algunos de los roles atribuidos a *Tjuinem* y *Guidai* para los Charrúa, por solo citar unos ejemplos.

Este relato a través de las palabras de Julio Ndareje forma parte de la tradición oral Jñatjo que pasa de generación en generación, persistiendo en el tiempo pero también recreándose constantemente. Este cuento retoma la tradición oral como ese componente familiar y comunitario que preserva la identidad de los pueblos originarios a través del cual se justifican o dan sentido a las costumbres, generando una explicación de mundo y de la vida tanto social como del entorno natural.

En este caso desde lo cotidiano y lo mítico nos introducimos en las estrategias de preservación y defensa del agua de los

Jñatjo, componente que moviliza y es protagonista en sus luchas contemporáneas, pues nos encontramos asentados en dos de las cuencas hidrográficas más importantes del México central, la del alto Lerma y la de Valle de Bravo saqueadas para sostener el suministro en Ciudad de México y los complejos industriales de la región.



Menzheje

El espíritu del agua.

Por Julio Ndareje

Diego acababa de terminar la secundaria, es otoño y sabía que su abuela regresa al pueblo a reencontrarse con la familia. Su madre y abuela le habrían insistido para que fuera al pueblo, pero en esta vez nació de su propio interés y curiosidad.

Poco más de tres horas viajaron desde Ciudad de México hasta ese humilde conjunto de casas aun fabricadas con adobe o de tabique sin revestimiento y teja de barro cocido o lamina. Cuando llegaron a la casa de Natalia, su prima, él se separó de la abuela y recorrió de un lado al otro del pueblo que se posa al pie de una montaña, de esas de pino y oyamel que se conectan con tantas otras. Diego reflexionaba lo feliz

que le hacia salir de la ciudad donde el estruendo de lo urbano parece invisible pero lo ocupa todo, ensordece todo. Ahí junto a la montaña respiraba más ligero y dejaba con gozo que le invadiera el olor a tierra mojada. Comprendió en ese momento la mirada de nostalgia de su abuela, que en silencio murmuran el deseo de regresar a vivir ahí, pensó en la salud de la abuela, en el sacrificio de estar lejos de aquel lugar para irónicamente tener acceso a servicios de salud pública.

Tarde tranquila y por la noche la cena los convoco a una pequeña construcción al costado izquierdo de la casa, hecha de madera y teja de barro que cobijan una mesa alargada y a los comensales, más al fondo el fuego. Se iluminan parpadeantes con calidez desde el suelo, una tenue luz amarilla y las luces del fuego, sobre el que calientan las tortillas de maíz purpura.

Fidel el esposo de su prima llegó con la abuela, ya estaban en el lugar Fátima hija de Fidel y Natalia, también estaba Sirilo su primo y dos de sus tías. Cuando acabaron de cenar Fátima quiso salir del lugar para perseguir un gato Fidel la abraza y la sienta a un junto a él, le preguntó si quiere escuchar un cuento y Fátimita le dijo que sí. Fidel con voz suave comenzó a relatar:

-Una niñita caminaba para buscar agua en aquel lugar donde pegan los primeros rayos del sol. Caminaban sus pies descalzos sobre el rocío de la mañana, escuchando a su alrededor el canto de los pájaros.

Fidel juntó ambas manos entrelazando sus dedos y sobre un hueco entre sus pulgares apoyo sus labios. Sopló muy fuerte imitando el canto de una torcaza. Un soplido largo, después una pequeña pausa y dos soplos más cortos. Fátima Sana sonrió al ver los gestos de su padre, sonrió con sus dientes cerrados y sus labios delgados que se le hacen aun más delgados. Sus ojitos que siempre están casi cerrados se abrieron enormes. Sus cejas delgaditas se separaron mucho de sus ojos, sus pómulos se hicieron gruesos y dejó escapar una risa cortita.

-La pequeña niña cortaba flores amarillas del suelo, con ellas juntó un racimo que llevaba junto a su cantarito de barro. A lo lejos, en lo profundo del bosque escuchaba unos ladridos que no eran de perro y que de vez en cuando exhalaban un aullido disperso. Eran coyotes pequeños.

Fidel le preguntó a Fátimita como hacen los perros y Sana le dijo guau-guau. Preguntó como hacen los coyotes y ella responde guau-guau-auuuuu. Todos rieron, pero Fátimita entrecerró aun más sus ojos y contrajo sus labios.

-La niñita estaba cerca del manantial y vio pasar un conejo que se detuvo a mirarla, la contempló por unos segundos y después siguió corriendo. Cuando llegó al manantial, se dio cuenta que una enorme serpiente de agua se acercaba a ella.

Fidel preguntó a Diego cual es el sonido de hacen las serpientes y responde sssss-sssss. Todos rieron de nuevo, Sana dejó escapar una carcajada con la boca abierta, al darse cuenta usó ambas manos para cubrir su boquita y miró

a todos con sus ojos casi cerrados. Se puso seria nuevamente y le preguntó a su papá que le pasó a la niñita.

Fidel continúa diciendo:

-La serpiente llegó hasta el borde del agua, casi a los pies de la niñita, la observó y se enroscó muy rápido. Transformándose en una mujer muy alta y hermosa. Un manto blanco cubría su cuerpo. La mujer salió del agua y con pasos tranquilos se acercó a la niñita. ¿Tienes miedo de mí? - Le preguntó a la niñita- La pequeña niña estaba tranquila y le dijo que ella no tenía miedo. Le dijo que le traía un ramo de flores porque esperaba que el manantial siguiera dando agua. La mujer le preguntó si la niñita conocía su nombre ella dijo que sabía que era Menzheje. Sabía también que no es una mujer, ni un hombre, que tampoco es una serpiente. Le dijo que sabía que ella vive en el agua y el agua es su casa. La niñita acercó el ramo de flores silvestres y lo dejó a los pies de Menzheje. Después le dijo yo tengo fé y quiero que te respeten y te cuiden, así el manantial nunca dejará de darnos el agua que todos los seres necesitamos para vivir. Es por eso que la gente del pueblo dice que si uno mata a una serpiente cerca del manantial o si las personas ahí se pelean o se insultan, el manantial dejará de dar agua.

Al terminar su relato Fidel Fátimita quedó pensativa, la abuela le recuerda a todos que mañana empezaran temprano a trabajar. Diego se fue silencioso a descansar pensando en la historia que acababa de escuchar y recordando la versión que alguna vez le contó su abuela.

